

pensaba usted irse derecho á su patria, ahora es menester refugiarnos sin detencion en el puerto de mar mas vecino, solicitar embarcacion lo mas presto que sea posible, huir de todas las costas de este Reyno, y asegurarnos en algun país extranjero, de donde pueda usted escribir á sus señores padres para que le embien algun socorro, y negocien mientras tanto el que dexen de perseguirnos el padre de la Señora Irene y la Justicia.

Pareciónos bien el consejo del Soldado, y reconociendo todos que era el mejor, y el mas saludable, hicimos nuevo ajuste con el calesero, y aumentándole su estipendio, tomamos el camino de Siracusa, á donde llegamos dentro de dos dias. La fortuna que desde los principios se nos mostró favorable, y que á la sombra de un semblante en la apariencia risueño, nos estaba disponiendo las mas estrañas y dolorosas aventuras, nos presentó la ocasion de un navio Inglés, que el dia siguiente debia hacerse á la vela para la isla de Corfú. Admitiónos con mucho gusto el Capitan, y con próspero viento nos alejamos luego de las costas de Sicilia con aquel desconsuelo que es natural en quien pierde de vista á su amada patria, dudoso si la volverá jamás á ver. Mi querida Irene padeció aquellas ordinarias incomodidades, que comunmente padecen todos los que no están acostumbrados á viajar por el mar, y á mí me faltó muy poco para no padecer lo mismo que ella, por la nausea que me causaba la navegacion. Casi todo el

tiem-

tiempo que ésta duró, se estuvo ella en la cama, y yo le hacia perpetua compañía, sin abandonarla jamás. Pasábamos el tiempo en conversaciones tiernas y afectuosas, consolándonos mutuamente con la esperanza de ver presto cumplido el deseado fin de nuestras legítimas y honestas intenciones. El Soldado, que en todo trance deseaba divertirnos en quanto le era posible, nos dixo un dia. Quiero, Señores, que me oygan ustedes la historia de mi vida, llena por cierto de sucesos curiosos, y de accidentes que no son vulgares. Nosotros nos mostramos muy deseosos de oírlos, y él dió principio á su relacion del modo siguiente.

## CAPITULO V.

*Principio de la historia del Soldado, y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá.*

Yo nací en la gran ciudad de Palermo, y hoy justamente hace veinte y cinco años que salí del vientre de mi madre, la qual era oriunda de España, y descendia de una familia noble de Granada. Quando la Sicilia estaba sujeta al Rey Católico, vino mi padre á ella al servicio de un Virrey, trayendo consigo á mi abuela, que era de extraordinaria hermosura, y se hallaba á la sazón en lo mejor de su juventud.

Aña-

Añadíanse á ésta las grandes prendas de alma, de que estaba adornada, por todo lo qual era la dama mas querida de la Virreyna, haciéndose distinguir en todas las conversaciones su espíritu y su virtud, con general aplauso y aun admiracion de quantos intervenian en ellas. Entre otros Caballeros que freqüentaban la corte, era uno que se llamaba el Conde de Mossí, segundón de una casa noble del Lenguedoc, que se hallaba desterrado de todo el Reyno de Francia por un duelo que habia tenido con otro Señor igual suyo. El tal Conde no podia mirar á la muger de mi abuelo materno sin abrasarse en un amor excesivo. Y como la Nación Francesa es tan fogosa como audáz, llevó tan adelante su intencion, que no habiendo podido reducirla á ella con otros medios menos violentos, tomó la resolución de arrancarla por fuerza de los brazos de su marido. Coligóse con algunos asesinos, de que hay abundante cosecha en Sicilia, y una noche, en que volvía mi abuela un poco tarde de la conversacion de Palacio, salieron de una casilla poco distante de nuestra calle, donde estaban escondidos, y el Conde que se hallaba con ellos, hizo parar la carroza en que venia: y poniendo en fuga al cochero y criados que la acompañaban, la sacó en brazos del coche, y la entregó á los asesinos. A los gritos y clamores de la pobre Señora, que llegaban hasta el cielo, se alborotó la vecindad, y mi abuelo, que por casualidad se hallaba en casa de

un

un Caballero, que vivia en aquel barrio, conociendo la voz de su muger, acudió sobresaltado á socorrerla con la espada en la mano, hiriendo á los primeros asesinos que se le pusieron delante. Voló el Conde Mossí á defenderlos, pero encontró valerosa resistencia en el desgraciado marido, cuyo tálamo pretendia deshonar: y tanto que fuese fortuna del Conde, ó que el valor del Francés excediese al del Español, el hecho es, que á éste le dexó muerto y tendido en tierra. Mientras tanto la gente de toda la calle, que habia concurrido al estruendo, logró librar la Dama de los que la querian robar, y al mismo tiempo obligó al Conde á retirarse á toda prisa, teñidos sus vestidos en la sangre del inocente consorte. Superfluo sería que yo me detuviese en ponderar el dolor de la afligidísima Señora, quando vió muerto y desangrado al Caballero su marido, porque ya ustedes se lo imaginarán, sin que yo pierda tiempo en tan superflua, como funesta amplificacion. Se le hizo llevar á casa, y agotó todas las lágrimas de sus bellísimos ojos, derramandolas sobre aquel frio cadáver. Dispuso que se le diese honorífica sepultura, y resuelta á retirarse del mundo, fue á pasar su temprana y triste viudez en una corta hacienda que su difunto marido habia comprado en las cercanías de Palermo. Apenas llegó á su retiro, quando se reconoció embarazada, y mi madre fue el fruto que dió en aquella soledad. Podia la niña haber cumplido nueve meses,

TOMO V. E ses,

ses, quando el malvado Mossí, no obstante de haber sido tambien desterrado de Sicilia, por el atroz delito que acabo de referir, halló modo de penetrar hasta la casa de mi abuela, y sacando de la cuna á la inocente criatura, la hizo trasportar á una embarcacion que tenia prevenida no muy distante de la Quinta. Qual haya sido el paradero de aquella niña en sus primeros años hasta ahora no lo he podido saber, por mas que se lo pregunté; solo me dixo, que hallándose á un mismo tiempo sin su madre, y sin el ama que la criaba, se encontró con la muger de un Pastor, que estaba criando á un hijo suyo de dos meses, y que ésta le dió tambien leche á ella, hasta que llegó á cumplir un año. Y como era la legitima heredera del corto patrimonio que su padre la habia dexado, toda la idea del Pastor era disponer las cosas de modo, que el patrimonio viniese á caer en su familia, con cuyo pensamiento destinaba á la niña, para que con el tiempo fuese esposa de aquel hijo suyo que se criaba con ella. Con este fin la ocultó siempre su verdadero nacimiento, dandola una idea de él muy diferente de lo que en realidad habia sido, y llegó hasta la edad de quince años, creyendo siempre no ser otra cosa que hija de un pobre y miserable Labrador. Aquella era la edad que el Pastor habia destinado, para que se efectuase el matrimonio, el qual se celebró con aquel género de rústicos y groseros regocijos que usan en sus bódas los villanos.

No era fea mi madre, antes bien era verdaderamente linda, y á pesar de su tosca educacion, tenia espíritu, gracia y despejo. El marido era un patán, záfio y lleno de una bestial arrogancia, viendose dueño de una posesion, que juzgaba superior á las rentas del Arzobispo de Montreal. Comenzóse á tratar á lo grande, y fuese á vivir á la Ciudad, donde en breve disipó el pequeño patrimonio en los bodegones y en las tabernas. Durante este tiempo vine yo al mundo, hijo legítimo de un matrimonio tan desigual, y me pusieron el nombre de Isidoro en la Pila del Bautismo. Dentro de pocos años desaparecieron todos nuestros bienes, y nuestra familia quedó reducida á tres personas (porque el bendito Pastor y su muger ya habian muerto) y comenzamos á padecer todas las miserias que trae consigo la pobreza. Esta nos obligó á volvernos á nuestra campiña, y algunas de aquellas mismas mugerzuelas, que habian contribuido mas á nuestra ruina, abrieron los ojos á mi madre, y la dieron noticia de su verdadero nacimiento: imprudente aviso, que por entonces solo sirvió para exacerbar sin medida sus disgustos y sus ahogos. Conoció la pieza que la habian jugado, y el gravísimo perjuicio que la habian hecho, ocultándola su verdadero origen noble y Español. Cierta Abogada de Palermo, que acostumbraba venir á gozar el ayre del campo á nuestra Quinta, y á gastar alegre y viciosamente el dinero, que habia chupado á sus clientes,

el qual sabía muy bien quien era mi buena madre, halló modo de hablarla á solas, y pintándola con retóricos colores el mal trato que la daba su marido, y la indecencia de un matrimonio tan desigual y vergonzoso, se ofreció, si le daba facultad, á disponer y lograr que se declarase nulo, y se disolviese. Horrorizada la virtuosa muger al oír semejante proposición, se negó á ella con invencible constancia; pero la muerte tomó de su cuenta facilitar lo que no podía hacer sin un atroz delito el señor Abogado. Llevóse al indigno esposo de mi inocente madre, y luego que el Causídico tuvo esta gustosa noticia, voló á la Quinta, y describiendo á la pobre viuda los peligros del estado en que se hallaba, y por el contrario, lo ventajoso que sería para ella el pasar á segundas nupcias, escogiendo un marido que supiese defender sus incontrastables derechos, la indujo á que le diese á él la mano. Tenia yo solos ocho años, quando me hallé sujeto á la educacion del tal discípulo de Justiniano, y tardé poco en conocer que verdaderamente habia encontrado un legítimo padrastro. Me destinó á los oficios mas baxos de la familia, y olvidado de que me habia parido su muger, solo me consideraba como hijo de un villano. Por lo que toca á mi buena madre, la era preciso sufrir con paciencia lo mal que á mí me trataban, sino queria exponerse á ser ella misma tratada mucho peor. Mientras tanto el señor Causídico, aprovechándose de las ventajas que

que le proporcionaba su profesion, logró recobrar todos los bienes que eran de su muger, y comenzó á vivir con mayor fausto que antes vivia. Un día que me envió á guardar un hato de ovejas, habiendo encontrado á otros muchachos de mi edad, me puse á jugar con ellos; mientras tanto el rebaño se fue alejando de mí, y las ovejas por sí mismas se volvieron á su redil, sin que yo las acompañase. Viólas mi padrastro, y esperó á que viniese yo á casa, para castigar una falta tan ligera con un suplicio cruel. Me dió una terrible vuelta de azotes, y no contento con esto, me encerró en una pocilga, donde venia todas las mañanas á repetir la misma zurrubanda, dexándome al mismo tiempo un pedazo de pan, y un vaso de agua por todo alimento: penitencia que duró no menos que doce días, sin que me valiesen los clamores con que imploraba el socorro de mi madre. Pasado aquel tiempo, se me puso en libertad, y se me volvió á encargar el mismo empleo de conducir al pasto el ganado. La memoria de mi pasada flagelacion, estampada demasiadamente en mis tiernas y delicadas espaldas, me hizo andar mas vigilante en el oficio de pastor. Todas las tardes al caer el sol sacaba las ovejas al campo, y por diez días nadie tuvo que decir contra mi vigilancia y atencion; pero al undécimo día, quando yo conducia mi rebaño á un empinado monte, en una parte del qual habia un altísimo precipicio, se levantó de

de repente una horrible tempestad de truenos y relámpagos, que llenándome de espanto, me obligaron á recoger á toda prisa el ganado, para reconducirle al redil. Mientras procuraba juntarle con los silvos, con el cayado y con los estallidos de la honda, un corderillo se espantó, se despeñó en el precipicio, y yo quedé preocupado de una grande consternacion. Representóseme con la mayor viveza en mi débil fantasía todo el horror del mal tratamiento pasado, y al mismo tiempo resolví librarme de él con la fuga, á que di principio en el mismísimo instante, abandonando las ovejas á su discrecion. La tempestad, y la copiosa lluvia que comenzó á desprenderse del cielo, no fueron bastantes á contener la ciega prisa que me daba á correr, sin saber yo mismo á donde, y así me hallé metido en un espesísimo bosque, y embreñado en él, sin advertir, ni saber donde encontraria la salida. Continuaba con furor la lluvia, y los rayos, que sentía caer de quando en quando, me aterraban con su estruendo, y con los continuos relámpagos que me deslumbraban. Procuré abrigarme baxo la copa de una gruesa y frondosa encina; pero qual fue mi estupor, quando ví á mi dichoso padrastro, que se habia puesto á cubierto baxo la misma, porque sin duda habia salido á caza, y le habia cogido en ella la tempestad? Comencé á temblar de pies á cabeza, y mas quando me dixó: ¿qué haces tú aqui, bribon? ¿Quién te ha tra-

traido á este sitio? ¿Qué se han hecho las ovejas? ¿Es este el cuidado que tienes de ellas? Tú me la pagarás, picaronazo. Mas sentí estas palabras, y mas miedo me causaron, que todos los truenos y todas las centellas, sin exceptuar una de ellas, que casi al mismo tiempo cayó en el mismo arbol, á que estabamos acogidos, y tronchó de él una multitud de ramas, que nos pusieron en gran peligro.

Conociendo entonces el marido de mi madre, que las encinas no eran laureles, y que los rayos de Júpiter no las respetaban, se determinó á partir, no obstante el diluvio que se desgajaba del cielo; y cogiendome de un brazo, comenzó á llevarme casi arrastrando por los estrechos senderos de aquel bosque, cuyos intrincados y espinosos matorrales punzándome sin piedad la cara, los brazos y las piernas, me hacían llover sangre por todos los miembros de mi cuerpo. De esta manera llegué á casa, hecho pedazos el vestido, lleno de llagas el cuerpo, y faltándome el aliento; pero el desapiadado padrastro, cuyo maldito humor se habia exáltado á lo sumo, viendose empapado en agua, y todo cubierto de lodo, me hizo encerrar luego en la acostumbrada pocilga, prorrumpiendo en fieras amenazas, y maldiciones capaces de hacer temblar al hombre mas valeroso del mundo. Mi pobre madre lloraba; pero su llanto solo servia de encender mas la cólera, y aun el furor del marido; y tengo para mí que la triste Señora da-

ría algo por verse todavía viuda del hijo del pastor, á pesar de toda la miseria, que entonces habia padecido. Pasé la noche tendido sobre un monton de paja ya podrida, esperando el destino que me darian por la mañana. Se me estremecieron de espanto todos los miembros de mi cuerpo al sentir abrir la portezuela de mi choza, y al oír una bronca y carraspeña voz, que no era ciertamente de orador, y me intimaba que saliese luego de la pocilga. Obedecí prontamente, y apenas me vió el padrastro, quando me dixo: Villano, infame y bribonazo, ya no estarás mas conmigo, ni me darás mas enfados: el Rey ha mandado, que se limpie el reyno de vagamundos parecidos á tí, y que se reclute de ellos su Marina. Hoy mismo te entregaré á los Comisarios Reales para que te destinen á algun navio, donde entrarás en una escuela, que te hará desear la *vita bona* que has pasado en mi casa, y que tú no supiste agradecer. Diciendo esto, me hizo montar en un pollino, acompañado de un criado, que era peor que el amo, con orden de que me llevase á Palermo. Inútilmente derramaba mi madre un mar de lágrimas; porque ninguna mella hacian en aquel empedernido corazon, á quien solo movia el interés, y no la dió otra respuesta, sino que de aquella manera se quitaba de la vista una persona, que continuamente le estaba avergonzando, trayendole á la memoria la indecorosa accion de haberse casado un hombre como él con la viuda de un pastor.

Con

Con efecto todo el fin que tenia en alejarme de sí, era por apoderarse impunemente de todo lo que algun dia podria considerarse mio, como único heredero de mi madre.

Conducido al puerto de Palermo, me matricularon luego entre la marinería, y me hicieron embarcar en un navio, que debía conducir á Barcelona toda la chusma de los nuevos marineros. Nunca habia entrado en el mar, y aquella inmensidad de agua, que veía al rededor de mí, me puso en una aprehension, que no encuentro voces para explicarla. Metíme baxo escotilla, y llorando amargamente mi desgraciada suerte, que de pastor de ovejas me habia convertido en marinero, á vista de tantos peligros, y sujeto á los indiscretos castigos que veía usar con los que actualmente servian en la misma nave, no me podia consolar. Viéndome en tan miserable estado un Superintendente de aquella novicia chusma, se movió á compasion, cosa bien rara en aquella casta de gente, y me dixo: pobre muchacho, no te aflijas tanto, pues no sabes la fortuna que pueden encontrar los iguales tuyos: en el mismo empleo que tú me hallé yo, quando era de tus años; al principio me parecia muy penoso, pero despues conocí por experiencia, que era el mejor de toda la marinería. Serví en él por algun tiempo, y habiendo tenido la fortuna, por mi viveza y actividad, de caer en gracia de mis Capitanes, logré ascender por grados al subli me puesto en que me ves, en el qual

-BTOMO V.

F

ten-

34424

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tengo el gustazo de poder vengarme á mi satisfaccion de lo mucho que me hicieron rabiarse algunos compañeros míos. Considérome un hombre muy feliz, y mas habiéndome dado esperanzas y aun prometido, que presto me adelantarán un poco mas, con tal que me salga bien, como lo espero, enganchar en el espacio de dos meses otros cien muchachos como tú, y hacerlos pasar revista ante el Comisario General de Marina. Por lo que toca á tu persona, cuyo génio y talento me han gustado mucho, desde luego te ofrezco que serás mi predilecto entre todos, y para proporcionarte mas presto tus ascensos, te prometo destinarte con preferencia á todos los demás, á las fatigas de mayor trabajo. Subirás á las antenas, tirarás los cables, ayudarás á amarrar, arrojar, izar y recoger las áncoras, de manera que en breve tiempo te aseguro que saldrás maestro en el arte. Estas palabras, que sin duda hubieran alegrado á un marinero voluntario, á mí, que contra toda mi voluntad me habian traído arrastrando al servicio de la armada, me causaron tan diferente efecto, que en virtud de ellas me entregué mas que nunca á mi acostumbrado llanto, y poco menos que furiosa desesperacion. Dexóme sumergido en ella el tal Superintendente, y la siguiente mañana volviendo á visitarme, luego que me vió: ánimo, me dixo, habiendo conocido que no te quieres aprovechar de mis consejos, y que nada se adelanta en las profesiones, quando se toman contra pelo, he determi-

nado, por el amor que tengo á tu persona, colocarte en otro empleo. El Capitan del navio me ha encargado que le busque un muchacho de espíritu, poco mas ó menos de tu edad, que le sirva en su cámara, advirtiéndome que le escogiese entre los que acababan de venir de Sicilia. Entre estos no veo otro que le pueda agradar mas que tú; sígueme pues, que quiero yo mismo presentarte á él. No puedo explicar quanto me consoló aquel anuncio; enjugóse de repente mi llanto, y levantándome prontamente, fui siguiendo al que ya consideraba como mi libertador. Entramos en la cámara del Capitan, y aquel hombre derecho, serio, y sostenido, como lo suelen ser los Españoles, sin hacer caso de las profundas inclinaciones y reverencias del Superintendente de la chusma, le preguntó con Española gravedad, si era aquel mozuelo el escogido para su servicio. Respondióle con grandísima humildad el Superintendente que sí, y que su Señoría se hallaría bien conmigo, porque era un muchacho de buena índole; está bien, repuso el Capitan, déxale aqui, y tú vete á cuidar de tu oficio. Aquel modo con que le trató el Capitan, me hizo conocer, que su empleo no debía de ser muy sublime, y de contado comprendí que habia gran diferencia entre el Capitan y el Superintendente de la chusma. Luego que nos quedamos solos el Señor Capitan y yo, se informó de mi nacimiento, de mis padres, y del motivo por qué me hallaba escrito en la matrícula de los mari-